

El ascenso. Un relato sobre fútbol sala

José Manuel Ortíz Cabanillas

Junio de 2022

Como de costumbre, el autobús llegaba puntual a la parada. Guardé mi maleta en el portaequipajes y me despedí de mis padres hasta el fin de semana siguiente. Sus caras, a diferencia de la desazón habitual que les generaba mi nueva partida, esta vez reflejaban una mezcla de orgullo, alegría y satisfacción. No era para menos tras lo sucedido el día anterior.

<<¡Buenas tardes, Manolo!>> - saludé al conductor, según subía al autobús.

<<¡Enhorabuena! Ya me he enterado. Lo acaban de decir en la radio. Me alegra mucho. Os lo merecéis>> - me felicitó.

<<Muchas gracias, la verdad es que es para estar contentos sí>> - respondí.

<<Además marcando el gol de la victoria>> - subrayó.

<<Eso fue una anécdota. Solo tuve que empujar la bola. Lo importante es el ascenso, la alegría que siente la gente del pueblo...>> - maticé, restándome importancia.

<<Buenas tardes>> - saludé al resto de viajeros que venían de otros pueblos.

Me dirigí como siempre a la parte trasera, para tomar asiento junto a la ventana. Siguiendo mi protocolo para cada viaje, saqué mis apuntes -esta vez de derecho civil- para repasar durante las dos horas del trayecto a Córdoba. Sin embargo, tenía la sensación de que sería difícil concentrarme pues mi mente no paraba de evocar los momentos y las celebraciones de las últimas veinticuatro horas acerca de un hecho memorable: el ascenso del Granja Futsal –el equipo de mi pueblo- a la 2^a División de la Liga Nacional de Fútbol Sala en la temporada 2027/2028. La temporada siguiente, la del cuarenta aniversario de la constitución de la LNFS, tendríamos el privilegio de ser uno de los treinta y dos equipos de la élite de este deporte.

A pesar de mi modestia, sentía en mi interior una satisfacción enorme por haber sido el autor del gol que nos dio la victoria y, por ende, el ascenso. Podía reproducir en mi mente todos los detalles de cómo se gestó la jugada. Pabellón deportivo municipal a rebosar; último minuto de la final del playoff; empate a dos, resultado que valía a los contrarios. Estábamos con portero jugador. De fondo, resonaban los cánticos y tambores del Ciclón Azulgrana, nuestra peña de animación. Sesenta segundos de toques, de lado a lado, adelante, atrás, sin que el encerrado equipo rival la oliera, hasta que llegó el pase definitivo de Antonio al hueco, junto al palo izquierdo y acto seguido, mi golpeo seco a la pelota, que llegó a la red entrando bajo los brazos del portero. Pitido final. Éxtasis colectivo. La emoción de un pueblo en torno a unos chavales y a lo que habían logrado: situar con letras de oro a Granja de Torrehermosa, un

municipio de la provincia de Badajoz de escasos dos mil habitantes, en el mapa del deporte en España. Algo que trece años antes, cuando se fundó el club, habría parecido un sueño imposible de cumplir.

Lo que siguió de inmediato tras aquello fueron celebraciones y alegría desbordada, primero sobre el parquet, compartiendo nuestro júbilo con los aficionados; luego en los vestuarios, pasando por la ducha a presidente y entrenador, mientras otros entonaban canciones enarbolando al aire nuestras camisetas. Después la fiesta llegó, a base de bocinazos, a todas las calles del pueblo con una caravana improvisada de coches. Algunos luego continuaron los festejos hasta altas horas de la madrugada. Yo me retiré pronto pues al día siguiente tocaba levantarme temprano para estudiar.

El trayecto daba para seguir pensando. Me acordaba también del momento en que empecé a jugar al fútbol sala. Fue un poco de rebote. Para un niño de nueve años, como tenía por aquel entonces, el "futbito", como lo llamábamos, no resultaba tan atractivo como el fútbol. Mis ídolos estaban en el deporte rey: Cristiano, Messi, Ramos... No era conocedor de las genialidades que también hacían entonces con un balón ligeramente más pequeño en una pista azul figuras como Ricardinho, Ortiz o Ferrao. Prefería jugar con botas de tacos sobre césped, por muy artificial que este fuera.

Mi inocente aspiración era jugar algún día en el CD Azuaga, el club de fútbol puntero de los alrededores, al igual que lo hizo mi padre durante varios años. Me inscribí en su escuela y allí di mis primeras patadas en serio a un balón. Así fue hasta que se decidió crear un club para competir en los torneos de la federación de fútbol. Sólo había quince fichas disponibles y no tuve la suerte de estar entre los elegidos. Lo que en un primer momento supuso una decepción, pronto se convirtió en un estímulo para superarme día a día y a ello contribuyó sin duda el fútbol sala. Por aquel entonces el equipo de mi pueblo jugaba en tercera y comencé a ir con mi padre a todos los partidos que jugábamos de locales. Me empezó a llamar la atención, me inscribí en las extraescolares de ese deporte y una vez al mes participábamos en las concentraciones que se celebraban en los diferentes pueblos de la comarca. De este modo empezó todo.

Hice un paréntesis para echarle un vistazo rápido al esquema de los temas que entraban en el examen. Luego continué reflexionando sobre si a partir de septiembre podría compaginar mis estudios de derecho -empezaba segundo curso-, con la práctica deportiva a ese nivel. Hasta el momento lo sobrellevaba porque la Segunda B no exigía tanto y me podía permitir el lujo de no entrenar con mis compañeros del Granja durante toda la semana, pues me encontraba en Córdoba, limitándome a mantener la forma participando en la liguilla de la Universidad. Sin embargo, a partir de la temporada siguiente, serían necesarios más entrenamientos con el grupo y desplazamientos más largos para los partidos por toda la geografía española. Eso, teniendo en cuenta mis circunstancias, así de primeras, me resultaba difícilmente factible.

Me empezó a sonar el móvil. Era Carlos, el presi.

<<¿Qué pasa presi? ¿Qué tal?>> - saludé.

<<Aquí seguimos, disfrutando el momento. Francis ¿Dónde andas?>> - me preguntó.

<<Pues llegando a Córdoba, que mañana tengo un examen en la Universidad>> - respondí.

<<¡Que crack estás hecho! Lo mismo marcas un gol que vale un ascenso que dos días más tarde sacas matrícula de honor en un examen. Pues precisamente del Córdoba Futsal quería hablarte. Me ha llamado su director deportivo. Tu temporadón y el hecho de que hayas sido máximo goleador del grupo, no les ha pasado desapercibido, además saben que estudias allí. Han vuelto a subir a Primera y quieren conformar un equipo con opciones seguras de permanencia para el año que viene y cuentan contigo, si aceptas su oferta. Me han pedido permiso para hablar contigo y le he dado tu teléfono>>.

<<¡Vaya noticias me das!>> – le comenté sorprendido. <<De acuerdo, esperaré su llamada entonces>>.

<<Para que lo tengas identificado cuando te llame, apunta, su teléfono es 654 321 098. Ya me contarás, aunque me iré haciendo a la idea de que será difícil que continúes con nosotros>> - me dijo con cierto tono de contrariedad en sus palabras.

<<Bueno, veremos a ver qué pasa. Guardo su teléfono. Ya sabes que tenéis derecho de tanteo. Si igualáis su oferta, me quedo>> - bromeé.

<<Vamos hablando entonces>>.

<<Un abrazo, presi>> - me despedí.

Al presi le tenía mucha estima. Su gestión desde la fundación tenía un enorme mérito. Se había batido el cobre durante todos estos años para hacer sostenible el club con dinero de patrocinadores a los que buscaba hasta debajo de las piedras. Además cada año tenía el difícil reto de constituir un nuevo equipo, pues algunos compañeros se veían en la obligación de dejar el fútbol sala para atender sus obligaciones laborales, familiares o estudiantiles. Eso justificaba que la mitad de los jugadores de la plantilla fueran de los pueblos de alrededor.

A todo esto, habíamos llegado a la hora prevista a la estación de autobuses de Córdoba. Cogí mi maleta. A diferencia de otras ocasiones en que volvía a casa en taxi, hoy me apetecía caminar y seguir pensando sobre todo lo que rondaba por mi cabeza. ¿Qué pesaba más en mi balanza? ¿el fútbol sala? ¿mis estudios? ¿el apego al equipo de mi pueblo? ¿la posibilidad de dedicarme profesionalmente a este deporte?

Entrando en mi portal, volvía a sonar mi teléfono. “DD Córdoba FS” en la pantalla. Dejé que concluyera el tono. Al día siguiente, después del examen, se la devolvería. Necesitaba tiempo.

La conversación se produjo.

Hoy, han pasado cinco años desde aquello, el fútbol sala se ha convertido en el segundo deporte en presupuesto y número de seguidores tras el fútbol, tengo veinticuatro años, me quedan dos asignaturas para acabar derecho y vuelvo a recordar todo eso en otro autobús, el del Inter, tercer equipo en mi trayectoria tras Granja y Córdoba. Vamos camino del Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid. Jugamos la final de la 44 edición de la Copa de España. En el pabellón me espera la peña que lleva mi nombre que ha venido expresamente de mi pueblo para animarme. También estará Carlos, el presi, al que le debo tanto, y algunos compañeros de mi etapa en el Granja, que sigue peleando en Segunda, y con los que organizo todos los veranos mi campus, enseñando a los niños a que conozcan este maravilloso deporte. Es la mejor manera de devolver a mi gente lo que ellos me dieron.